



7. Género, etnicidad y migración: lecciones de los mixtecos y zapotecos

Lynn Stephen

La manutención de las familias en México cuando los hombres migran a Estados Unidos

Dado que la mayoría de los migrantes a Estados Unidos, provenientes de comunidades mixtecas o zapotecas de los años setenta hasta fines de los ochenta eran hombres, un gran número de mujeres casadas con dichos migrantes, o quienes tenían padres o hermanos varones que migraron, permanecieron en sus comunidades de origen o en sus enclaves étnicos dentro de México. En comunidades como San Agustín Atenango y Teotitlán del Valle, donde tradicionalmente los hombres y las mujeres desempeñaban funciones diferentes por asignación cultural, la ausencia de cantidades significativas de hombres durante este período tuvo un gran impacto en sus vidas. La ausencia de los hombres en los hogares, en los sistemas comunitarios de organización social y en la economía local afectó fuertemente a quienes permanecieron en la comunidad de origen. Es importante destacar, sin embargo, que la categoría de «mujeres que permanecen en la comunidad de origen» no es permanente. Muchas de las mujeres que han permanecido en comunidades como Teotitlán y San Agustín han migrado en algún momento de sus vidas, ya sea a otras partes de México o a Estados Unidos. Los factores como condición migratoria (indocumentados o documentados), etapa del ciclo de vida, número de hijos y otros son importantes en la estructuración de las experiencias migratorias de hombres y mujeres.

En Teotitlán del Valle y San Agustín Atenango, las mujeres experimentaron por primera vez la ausencia de sus parejas por motivos

de migración en la década de 1940, cuando los primeros hombres partieron hacia Estados Unidos por medio del programa Bracero. Durante esa época, los hombres entraban al país bajo contrato por períodos específicos de tiempo, usualmente de entre cuatro y seis meses, y retornaban a sus comunidades el resto del año. Algunos de estos hombres trabajaron como braceros durante quince años. En tales casos, hubo familias que se habituaron a la ausencia del jefe de familia durante por lo menos la mitad del año. Mientras que algunos hombres mandaban remesas de dinero a sus familias regularmente, o podía confiarse que a su regreso trajeran sus ganancias consigo, otros mandaban poco o nada y volvían con nimios recursos para compartir con sus familias. Si los hombres nunca traían dinero o dejaban de mandar remesas a casa durante períodos prolongados, las mujeres y los niños debían tomar medidas extremas para generar ingresos y producir cultivos de subsistencia cuando estos formaban parte de la economía familiar. En muchos casos esto implicaba pagarle a alguien para hacer el trabajo que tradicionalmente le correspondía al hombre —como arar la tierra y sembrar el maíz y el frijol—, o las mujeres y niños se veían obligados a hacer el trabajo por sí mismos. En casi todos los casos esto también implicaba que las mujeres y niños participaran en una variedad de actividades que les generaran algo de ingresos para asegurar su subsistencia.

Natalia Gómez Bautista nació en 1927 en Teotitlán del Valle. La experiencia de Natalia de abandono por migración empezó después de casarse, cuando su esposo estuvo trabajando en Estados Unidos como bracero durante doce años. La experiencia migratoria continuó en su familia cuando todos, menos uno de sus hijos, se instalaron permanentemente en Estados Unidos. A la mayoría de sus nietos solo los ha visto un par de veces, y los conoce principalmente por fotografías y llamadas telefónicas ocasionales.

Natalia se crió en la pobreza extrema y empezó a trabajar a los cinco años de edad. Se casó con Feliciano, su esposo, a los dieciocho. Poco después de casarse, él la llevó a la Ciudad de México a vivir por tres años. Después de volver a Teotitlán en 1950, cuando Natalia tenía veintitrés años, tuvo a su primer hijo. Durante los siguientes dieciséis años tuvo ocho hijos más, aproximadamente uno cada dos años. Después de nacer su primer hijo, su esposo estaba descontento y empezó a golpearla al volver a casa en las tardes. Ella soportó décadas de vio-

lencia doméstica hasta que él se enfermó y murió en el año 2000. En 1952, Feliciano empezó a viajar a Estados Unidos anualmente, quedándose seis o siete meses seguidos en cada ocasión. Natalia recuerda este período como muy difícil, pero también lo recuerda como una época en que se sentía segura, feliz y satisfecha. Cuando su esposo estaba ausente podía descansar de sus abusos a pesar de las dificultades económicas a las que se enfrentaba.

NATALIA: Por un rato no más, un ratito estoy muy contenta. Pero luego cuando yo tenía mucho trabajo y siete hijos luego él salía a Oaxaca y a Estados Unidos, a veces fue seis meses, a veces ocho. Hasta cuando sale él, yo estoy muy contenta con mis hijos. Estoy bien con mi trabajo hasta que empecé a verme contenta, feliz cuando no está él. Pero nunca mandó dinero.

LYNN: ¿Y para los hijos?

NATALIA: No. Y cuando regresa no trae ni un poquitito. Quién sabe cuanto gasta.

LYNN: Los doce años que vivió en Estados Unidos, ¿cómo hiciste para comer?

NATALIA: Trabajé ajeno. Todo cuando ya salió todo, cualquier persona viene a decirle, por favor eche maíz, no vende usted una tortilla, pollo. Haciendo más dinero poco a poquitito. Cristina, mi hija, fue a vender tortilla a Oaxaca, yo le eché tortilla y Cristina a Oaxaca. Y los otros niños también. Ella y Pedro tejían. Y Marina también hizo dos tapetes a la semana.

LYNN: Entonces el señor realmente nunca entregó dinero.

NATALIA: Nunca.

La narrativa de Natalia se refiere al período entre 1952 y 1964, sin embargo, sus experiencias son notablemente similares a las vivencias posteriores de Dolores Alavez, de San Agustín Atenango, y Fidelia Domínguez, de Ixtantepec Nieves. Ellas vivieron dificultades paralelas cuando sus esposos las dejaron durante largas temporadas para trabajar en Estados Unidos en los años setenta y ochenta, mucho después de que el programa Bracero terminara en 1964. Todas estas mujeres se criaron en circunstancias de miseria, careciendo de las cosas más básicas hasta que se casaron. En el caso de Dolores y Fidelia, las dos fueron jornaleras migrantes durante la infancia, viajaron a Sinaloa con sus familias a trabajar en la cosecha del tomate y otras hortalizas.

Como adultas, se enfrentaron a una situación diferente al permanecer en sus comunidades de origen cuando sus esposos partieron a Estados Unidos a trabajar.

Ambas trabajaron «ajeno», tal como lo hicieron Natalia y sus hijos en los años cincuenta. Trabajar «ajeno» implica que uno es extremadamente pobre y está dispuesto a trabajar como empleado doméstico por períodos cortos o largos en hogares más pudientes de la misma comunidad. La frase connota cierto nivel de desesperación y el estar dispuesta a hacer lo que sea necesario para generar ingresos trabajando para otros en las actividades que se les asignen. La demanda de trabajo por parte de familias locales, con mayores recursos, ha sido vital para la subsistencia de familias pobres durante la ausencia de sus parientes proveedores.

Aun así, la necesidad de migrar sigue estando vinculada a la falta generalizada de empleos en la comunidad de origen. Valentina López, de noventa y siete años de edad, tiene su propio análisis de la relación entre la falta de empleos locales y la migración, tras haber visto migrar a su esposo e hijos primero a Veracruz, luego a Sinaloa, Baja California Norte, y finalmente a Estados Unidos en un período de seis décadas.

Ese pueblo es muy triste. No tenemos ricos aquí. No tenemos ricos para que vamos a lavar su ropita cuando está uno muchacha, lavar a planchar o va y lavo las cosas, pero aquí no hay ricos, puro pobres que están... Están saliendo los jóvenes, trabajando al norte... vienen a hacer su casa... nada más. Ni un rico hay aquí en el pueblo, todos somos pobres. Todos los hombres salen a trabajar. Si no hay trabajo, se muere allá. Solo las mujeres se quedan... es un pueblo muy triste porque no hay trabajo aquí pues. Uno sale a trabajar, otros pobres se mueren allá.

Otras mujeres pasaron una larga temporada en sus comunidades originales mientras sus esposos trabajaban en Estados Unidos, pero muchas finalmente migraron a Estados Unidos bajo circunstancias distintas. Algunas tuvieron un sentido profundo de inseguridad económica y emocional relacionada con la ausencia de sus esposos cuando ellas se quedaron solas en México con sus hijos pequeños.

Éste es el caso de Dolores Alavez. Su historia comienza en San Agustín Atenango, Oaxaca, donde creció y vivió los primeros años de

su vida de casada. Poco después de casarse, su esposo emigró a Estados Unidos, dejándola sola. En 1987 ella llegó a Oregón para reunirse con su esposo.

Yo nací en San Agustín Atenango en 1960, pues yo me crie ahí sola porque, yo no me crie con mi mamá, no conocí a mi mamá. Mi mamá murió cuando era muy chica. Entonces yo me crie con mis hermanas, pero ya después mis hermanas se casaron y ya me fui yo quedando yo sola. Yo y otra hermana más chica y ya entre todas ahí. Y mi abuelito nada más, y mi papá...

Mi abuelito vivía en su casa pero él solo llegaba a visitarnos en las mañanas porque nosotros le dábamos el almuerzo y la comida y ya se regresaba él a su casa. Y ya con nosotros ahí era mis hermanos León, y una hermana que tengo en Ensenada, la más chica que yo.

Yo empecé a trabajar ya casi como a los nueve o diez años, empecé yo a hacer,... ya mis hermanos se casaron, ya me tuve yo que quedar, y entonces yo empecé a tortear las tortillas para que yo comiera y a hacer mi salsa o lo que fuera. Pero a los diez años empecé a trabajar. Después yo sí fui a Sinaloa por dos años, fuimos a trabajar yo y Leo y otra hermana. Cuando yo tenía mis diecisiete años. Diecisiete años tenía cuando yo vine a Sinaloa. Cuando tenía diecisiete y dieciocho años y ya a los diecinueve años me casé. Me fui al pueblo. De allá me casé al pueblo. Me regresé al pueblo en el setenta y nueve creo, y ya me casé en el ochenta.

En 1977, a la edad de diecisiete años, Dolores se fue con sus hermanos a Sinaloa a trabajar en la cosecha del tomate. Si bien no pasó su infancia trabajando en el campo como migrante al igual que Fidelia, las vidas de ambas mujeres reflejan las tendencias dominantes de la migración mixteca en los años setenta y ochenta. La investigadora Laura Velasco empezó a estudiar la migración de las mujeres mixtecas a la región fronteriza entre México y Estados Unidos a principios de los ochenta. Basándose en una encuesta representativa conducida en la Mixteca Alta y la Mixteca Baja, encontró que en 1981 las mujeres representaban el 31,78 por 100 de la migración regional mixteca. En esa época casi la mitad de las mujeres que migraban estaban trabajando como empleadas domésticas, principalmente en la Ciudad de México. El 44 por 100 emigró a la Ciudad de México, el 11,6 por 100 a Veracruz, el 3,04 por 100 a Morelos, el 9,9 por 100 a Sinaloa, el 3

por 100 a Baja California, y el 17 por 100 a la región fronteriza y a Estados Unidos (Velasco, 1995, pp. 43-44).

Entre las mujeres y niñas que migraron, el 38,4 por 100 había realizado su primer viaje entre las edades de seis y quince años, y el 29 por 100 entre las edades de dieciséis y veinte años, el resto eran mayores de esa edad. La mayoría de las niñas y mujeres mixtecas encuestadas en 1981 eran solteras (66,10 por 100), y el 29,38 por 100 eran casadas o estaban en uniones libres monógamas. Este estudio demostró que las mujeres y niñas que iban a Veracruz, Morelos, Sinaloa y Baja California tendían a viajar con sus esposos o familias y a trabajar en el sector agrícola. Aquellas que iban a la Ciudad de México a trabajar como empleadas domésticas tendían a ser más jóvenes y solteras (Velasco, 1995, p. 47).

La experiencia de Dolores y otras mujeres de San Agustín Atenango son típicas de los patrones encontrados en la investigación de Velasco sobre la migración de niñas y mujeres mixtecas que trabajaban en la agricultura. Una vez que Dolores se casó, regresó a vivir a San Agustín Atenango.

DOLORES: Mi marido solo estuvo como quince días allá después de que nos casamos, estuvo quince días y ya se vino acá y regresaba a los nueve meses o a los diez meses. Llegaba otros quince días y se volvía a regresar otra vez y así estuvo. Y hubo un tiempo que me dejó cuatro años en el pueblo, sin nada, cuatro años estuve quedando con las deudas. Y durante esos cuatro años fue bien difícil para mí estar allá en el pueblo. Porque en los primeros dos años Job sí nos escribía y nos mandaba dinero pero como que en los dos últimos como que él se distanció bastante y ya no. Allá tenía que lavar, planchar, vender tortillas para comprar de comer y ayudar a mi suegra. Aunque ella nos compraba para la comida casado y todo, pero siempre ella se las veía difícil porque los otros tenían hermanos que estudiaban y ella tenía que, que, este... pagar todo lo de los estudios de los chamacos y los otros.

LYNN: ¿Había otras mujeres en el pueblo en aquel entonces que tenían esta experiencia de estar cuatro años así?

DOLORES: Había mucho, yo no era la única que estaba, varias mujeres que tenían que ya otros ya sus maridos ya no regresaron nunca ya, agarraron mujer acá de este lado y ya las abandonaron por completo allá. ... Hay muchas, de que vienen los maridos para acá ya agarran otra y ya las dejan allá. Otros que les mandan, otros que se casan.

LYNN: ¿Y cómo pensaba usted cuando no escuchaba nada de tu esposo?
 DOLORES: Yo estaba bien desesperada. Yo estaba muy desesperada porque él no llegaba ni mandaba ni nada y ya fue como un de repente cuando yo recibí un telegrama. Llega un tío de él y dice que fuera yo a Tonalá, ahí a ese pueblito donde vive, que porque tenía yo dinero ahí. Un telegrama y que fuera a levantarlo. Fui a levantarlo y no podía creer que el telegrama decía que Job me mandaba cuatrocientos dólares para que yo pagara, si debía yo algo allá en el pueblo y nos recordaba que viniera inmediatamente.

La experiencia de Dolores de haberse quedado en San Agustín se caracterizó no solo por carencias económicas, sino también por la constante inseguridad sobre la estabilidad y el futuro de su matrimonio. Como bien dice, un gran número de mujeres en San Agustín estaban viviendo con esa incertidumbre en los años ochenta. Sus esposos se habían ido a Estados Unidos, y se mantenían fuera por períodos prologados, a veces sin comunicación alguna y sin mandar a casa ningún apoyo económico. Dado que mujeres como Dolores y Fidelia no tenían experiencia directa de cómo era la vida de sus esposos u otros hombres en Estados Unidos, la manera en que se la imaginaban estaba fuertemente influida por lo que les contaban otras personas que volvían al pueblo, bien o mal intencionadas. A menudo lo que escuchaban era que probablemente sus esposos habían conseguido nuevas parejas y comenzado nuevas familias en Estados Unidos. Esto se asume hasta que ellos prueben lo contrario. Esta suposición hecha por muchas de ellas en la comunidad puede borrar los lazos que unen a una mujer con su esposo y ponerla en una nueva categoría social de «mujer abandonada». Dolores sintió que estaba en esta categoría hasta que su esposo la contactó repentinamente después de cuatro años y le mandó dinero para pagar su viaje a Oregón.

Los cambios en la distribución del trabajo por género en Estados Unidos

La división de las labores por género en casa cambia para las mujeres que permanecen en México cuando los hombres pasan largas temporadas en Estados Unidos. Asimismo, la migración afecta las experien-

cias de los hombres. Si bien muchos hombres migrantes pueden haber estado renuentes a cocinar, limpiar o lavar ropa en México, una vez que llegan a Estados Unidos, acaban inevitablemente haciendo este tipo de trabajo. Los patrones iniciales de migración zapoteca y mixteca a Estados Unidos incluyeron a muchos más hombres que mujeres, particularmente durante los años setenta y ochenta. Conforme la mayoría de los hombres llegaron a Estados Unidos sin sus esposas o hijos, frecuentemente tuvieron que asumir las responsabilidades del hogar que antes habían llevado a cabo sus madres, hermanas y esposas.

Los hombres migrantes primerizos —particularmente de la región mixteca— empezaron por trabajar en el campo y pasaron algún tiempo viviendo en campamentos de trabajadores. A menudo en esos campamentos hay grupos de hombres que cocinan juntos, lavan su ropa y se reparten otras labores domésticas mínimas. Los campamentos de trabajo que he visitado en Oregón están organizados en su mayoría por cabañas. Estas cabañas consisten en un cuarto grande con literas a lo largo de las paredes y normalmente tienen una cocina aladaña compartida por entre 12 y 24 residentes. En algunos casos puede haber casilleros o gabinetes para guardar la ropa. La cocina usualmente tiene un refrigerador, una pequeña estufa y a veces un lavabo. Los baños a menudo están en construcciones independientes de las cabañas.

Los hombres que comparten cabaña usualmente provienen de la misma región de México y a veces conforman grupos de amigos o parientes. Por ejemplo, dos hermanos y sus tres primos podrían conformar un grupo. La mayoría de los campamentos de trabajo tienen una o dos cabañas para familias. Algunos tienen espacios para mujeres solteras. En muchos casos, sin embargo, las mujeres que no tienen pareja se ven obligadas a compartir una cabaña con hombres con los que no tienen relación alguna. En estas situaciones, suelen colgar una manta de la parte superior de una o dos literas para crear una sección para mujeres dentro de la cabaña. Una de las quejas más frecuentes de las mujeres que trabajan en el campo es que no tienen acceso a una vivienda adecuada.

La mayoría de las poblaciones que residen en los campamentos siguen estando conformadas sobre todo por hombres, aunque hay algunas excepciones. Algunos productores han tenido «éxito» en reclutar familias enteras que vienen a trabajar para ellos año a año. Un productor de Woodburn, en Oregón, reclutó un grupo de aproximada-

mente ocho familias zapotecas de Coatecas Altas, que trabajan para él durante cuatro o cinco meses al año, y luego vuelven a Madera, California, donde trabajan el resto del tiempo en la cosecha de la uva. Cada una de estas familias comparte una cabaña. Las mujeres realizan la mayor parte del trabajo doméstico, aunque los hombres ayudan con algunas tareas tales como lavar su ropa y bañar y cuidar a los niños.

En los campamentos de trabajo donde viven hombres solteros, estos se hacen responsables de sus propios quehaceres domésticos. He entrevistado a docenas de hombres que dicen haber aprendido a cocinar cuando vivieron en campamentos de trabajo en Estados Unidos.

Diego Ramírez, de Teotitlán, comenta sobre el tiempo que pasó en los campamentos de trabajo: «Pues, se cansa de solamente comer de latas entonces aprendes a cocinar, arroz, frijoles, pollo, todo...». Otros aprendieron a cocinar no solo en los campamentos de trabajo, sino también al haber trabajado en restaurantes. Daniel Cruz Pérez, de San Agustín, aprendió a cocinar bistecs, pollo frito, pan de elote, fideos y otros platillos cuando trabajó como cocinero. Los hombres aprenden también a hacer otras tareas domésticas. Cuando se les rasga la ropa en el campo, cosa que ocurre con frecuencia, los hombres tienen que tomar hilo y aguja y zurcir los hoyos. Cuando los pantalones de mezclilla se les llenan de lodo en el campo, los hombres tienen que lavarlos, a menudo, a mano en los baños del campamento o en cubetas. De tal modo que la mayoría de las labores domésticas que solían ser del dominio exclusivo de las mujeres en México se convierten en trabajo de hombres. Para algunos, la habilidad y ausencia de vergüenza al realizar estas tareas continúan en sus rutinas de trabajo al volver a México, o cuando sus esposas e hijos vienen a vivir con ellos en Estados Unidos. En cambio, otros hombres que se acostumbran a hacer tales labores las mantienen en secreto y le piden a sus mujeres que no lo comenten con los demás.

La reorganización de las labores domésticas cuando ambos padres trabajan en la agricultura

Dolores Alavez narra cómo ella y su esposo tuvieron uno o más empleos durante muchos años mientras criaban a sus cuatro hijos. Cuando trabajaron en el campo, podían llevar a sus hijos consigo. En estos

casos, los niños ayudaban a sus padres a cosechar frutillas. Esta era una práctica muy común entre los trabajadores del campo hasta mediados de los años noventa, cuando las leyes contra el trabajo infantil y la exposición a pesticidas se empezaron a implementar estrictamente en Oregón. Dolores y su esposo también tenían un segundo trabajo en una planta procesadora local, a la que en español llaman «canería» o enlatadora. Dado que no podían llevar a sus hijos a ese trabajo, pedían a otras personas que vivían con ellos o llegaban de visita que se turnaran para cuidar a los niños. En este proceso, la hija mayor de Dolores se convirtió en una parte importante de la solución al problema del cuidado de los niños. Aun así, su esposo también pasó mucho tiempo cuidando a los niños mientras ella trabajaba.

DOLORES: Empecé a ir al *field* (campo) a la fresa. Me embarqué luego que llegué y así embarazada me fui en la primer temporada que hubo en el ochenta y ocho de la fresa, yo me fui embarazada a pizcar. No me querían llevar pero yo me fui porque yo tenía curiosidad de ir. Solo me llevaron como para ver nomás la fresa. Pero yo me metí a pizcar... Había mujeres y hombres... Familias completas que había niños y todo, que llevaban sus familias completas.

LYNN: ¿En aquel entonces dejaban que los niños estuvieran?

DOLORES: Sí, familias completas, había niños. El que quería llevaba sus niños y el que no, pos, los dejaba a cuidar pero no los llevaba. Yo todo el tiempo los llevé ya después de que cuando Viridiana creció más ya fue cuando se quedaron en la casa.

LYNN: ¿Hasta qué año?

DOLORES: Hasta cuando Viridiana tenía unos doce o trece años.

LYNN: O sea, si uno está trabajando en las fresas, las fresas empiezan como a mediados de julio. ¿Cuándo se entró en la canería? O sea, ¿cuánto tiempo en las fresas y en la canería?

DOLORES: Yo en la mañana iba a la fresa y en la tarde entraba a la canería. A las seis de la mañana para salir una o una y media, depende de la cantidad que haya. O sea que tú le tanteas, más o menos unos sesenta o setenta dólares, te sales, viene uno a la casa, te echas un baño y a preparar y ya te vas a la canería.

LYNN: ¿Hay mucha gente que hace esto?

DOLORES: Sí, mucha, la mayoría. Job también trabajaba antes así dos turnos. Íbamos todos a la fresa en la mañana y en la tarde a la canería. Y después Job se puso a estudiar pinos, estudiaba pinos en la mañana y en la tarde a la canería. Así, empezamos, ahora sí, ya nomás tenemos el

trabajo este. Solo cuando hay blueberry nos vamos todos juntos, en la mañana *blueberry* y en la tarde a la canería.

LYNN: ¿Y qué hizo usted con los niños? Usted empezó en ochenta y nueve en la canería, ¿en la canería se podía traer a los niños?

DOLORES: No, allí no. Allí sí los dejaba yo en la casa. Nos turnábamos, un muchacho de mi pueblo trabajaba en la mañana en los pinos de navidad y él se estaba en la tarde con eso. Y un tío mío también. Ya venían dos, dos o tres del pueblo con nosotros y con ellos los dejaba. Más después, este viene una muchacha de Veracruz, eran tres hermanas y ellas no encontraban trabajo. Y una de ellas cuidó a los niños por mientras. No tenía ella dónde vivir y yo le di hospedaje en la casa. Ella se quedaba con nosotros y les cuidaba a los niños. Ya mientras ella juntó su dinero para sacar su... lo que ella necesitaba y buscar otro trabajo en otro lado donde se retiró. Pero todavía ella tiene amistad con nosotros. Ya después de eso que la muchacha ya no pudo cuidarlos, Job dejó un trabajo y nos turnábamos, yo en la mañana y Job en la tarde. Así los cuidaba él.

Este intercambio ilustra la flexibilidad en el género de quienes cuidan a los niños. Tanto Dolores como su esposo se turnan en el cuidado de los niños mientras trabajan, e involucran en ello a los parientes masculinos que los visitan y a una compañera de vivienda procedente de Veracruz. El otro tipo de flexibilidad ejemplificada aquí es la composición misma del hogar. El hogar de Dolores es un punto de llegada o descanso para los familiares que pasan por esta zona, y para otras personas, como la chica veracruzana que necesita un lugar donde vivir mientras se establece. Los miembros ambulantes del hogar son incluidos en la repartición de las labores domésticas —el cuidado de los niños propios y ajenos— como parte de sus responsabilidades como miembros del hogar independientemente de que su membresía sea temporal o permanente.

En algunos hogares en que los hombres no trabajan —esto puede suceder por temporadas—, estos ayudan en otras tareas, además del cuidado de los niños. Rigoberto Martínez, de Juxtlahuaca, se dedicó a las labores del hogar mientras su esposa trabajaba. Aunque Rigoberto quería trabajar todo el año, su trabajo más predecible era en los campos y huertas locales de forma temporal. A menudo cuidaba a su sobriño después del horario escolar y así lo manifiesta:

Pedro mi sobrino venía a mi casa todo el tiempo. Venía para jugar Nintendo. Yo dije a mi hermana que él podía venir cuando guste. Yo tenía mucho tiempo porque no estaba trabajado. Yo limpiaba la casa, yo lavé la ropa, llevé a mi hijo a la escuela y yo lo fui a recoger en la tarde. Yo estaba en la casa mientras que trabajaba mi esposa. Así es como estuvimos viviendo en aquel entonces.

En este caso, Rigoberto no solo asumió la responsabilidad de llevar su propio hogar y cuidar a su hijo, sino que también ayudó a su hermana con el cuidado de su sobrino después de la escuela.

Para las mujeres solteras que no tienen familiares mayores u otros que les cuiden a los niños puede ser difícil y caro encontrar servicios de guardería. En algunos casos las parejas tampoco pueden arreglárselas para trabajar en turnos diferentes y así compartir la labor del cuidado de los niños. Soledad Cruz Hernández, al igual que Dolores, llevaba a sus hijos a los campos de fresa cuando trabajó allí. Llegó a Estados Unidos desde San Agustín Atenango en 1994, siguiendo a su esposo, quien migró por primera vez a Oregón a mediados de los años ochenta. Ella notó que para las mujeres que tienen que pagar por el cuidado de los hijos, la aplicación de las leyes contra el trabajo infantil y sobre el control de pesticidas tuvo una consecuencia negativa.

Antes llevaban a sus niños pues y los sentaban ahí en su carriola y ahí estaban los niños porque las mamás iban a trabajar y ahora dicen que ya no admiten a los niños, ya no quieren que vayan los niños. Entonces las señoras a veces también no pueden ir porque dicen no pues, si vamos a la fresa, si nos apuramos hacemos algo y si no pues no sacamos ni para pagar a la que cuida al niño ¿Qué hacemos? Por eso a veces se los llevan y a veces los tienen escondidos ahí en el carro. Pero los niños a veces empiezan a llorar y ni modos se dan cuenta los patrones ahí y luego les llama la atención que ellos ya no quieren niños pero pues no pueden dejarlos en su casa pues tienen que pagar a quien los cuida. Cobran 1,50 dólares por hora por niño.

Si las mujeres tienen miembros de familia en la zona con quienes pueden turnarse —una hermana trabajando en el campo un día y cuidándole a los hijos a otra otro día y viceversa— pueden mantener sus empleos. Sin embargo, si no tienen un sistema de apoyo familiar en el que las personas puedan ayudar con el cuidado de los niños cuando no

están trabajando, y se ven obligadas a pagar guardería para más de dos niños, pueden perder dinero al trabajar ya que necesitan adicionalmente pagar por su transporte al campo, su comida de mediodía y las deducciones usuales de su salario de 6,50 dólares por hora, si es que ganan el mínimo.

En sus pueblos originales de Oaxaca las mujeres pasaban mucho tiempo cerca de la casa y podían compartir el cuidado de los niños unas con otras. Una vez que se vienen a vivir a Oregón a poblados como Keizer, Salem, Hubbard, Woodburn y otros, ya no necesariamente viven cerca de sus familiares u otras personas cercanas. El automóvil se convierte en una necesidad y muchas mujeres no saben conducir. No se puede contar con miembros de la red familiar si todos ellos trabajan, como es frecuentemente el caso entre parejas jóvenes. El resultado es que la combinación de leyes que impiden que las mujeres traigan a sus hijos al trabajo como solían hacer en sus plantíos en Oaxaca y el hecho de que la mayoría de los adultos en las familias trabajan ha reducido considerablemente la cantidad de apoyo familiar que reciben las mujeres. En algunas familias esta presión ha dado pie a un cambio en la división de las labores entre hombres y mujeres, resultante en que esposos y esposas trabajen en turnos consecutivos para que al menos uno de ellos pueda estar en casa con los niños todo el tiempo. Este arreglo no es posible, sin embargo, para todos, y especialmente no para aquellos que están recién llegados y no pueden influir sobre su horario de trabajo para resolver sus necesidades domésticas y familiares.

Al igual que otras mujeres que realizan trabajos de baja categoría en Estados Unidos, las mujeres mixtecas campesinas se encuentran constantemente presionadas entre cumplir su papel como madres y trabajar para mantener a sus familias. Dado que usualmente desempeñan trabajos de baja remuneración, tampoco reciben prestaciones. Como indica Grace Chang (2000), las mujeres campesinas migrantes a menudo son vistas del mismo modo que las mujeres que reciben asistencia social y están obligadas a participar en programas de trabajo. Mujeres de ambos grupos, y especialmente de aquellos que reciben asistencia social, son vistas como trabajadoras desechables que no merecen los mismos derechos que las mujeres de clase trabajadora y clase media que representan a la generalidad.

El trabajo que realizan estos grupos, las trabajadoras que reciben

asistencia social y las trabajadoras migrantes indocumentadas, y sus condiciones laborales son sorprendentemente similares: trabajo invisible, insalubre, no sano, peligroso, duro y mal pagado. Su trabajo no es visto como el trabajo por contrato, o como un servicio provisto a la sociedad por el que merecen ser compensadas. Al contrario, su trabajo es visto como caridad recibida, oportunidad, privilegio, servicio comunitario, pago de una deuda con la sociedad, o como castigo por un crimen. En el caso de las mujeres que reciben asistencia estatal, los crímenes consisten en ser pobre, estar sin hogar o desempleada. En el caso de las trabajadoras migrantes indocumentadas, se les acusa de haber entrado al país (se asume que ilegalmente, por supuesto) y de consumir recursos a los que supuestamente no tienen derecho (Chang, 2000, p. 159).

Las mujeres campesinas mixtecas no se conciben como criminales, ni como personas que no merecen condiciones dignas de trabajo, pero sí están muy conscientes de las difíciles condiciones en las que trabajan y las exigencias irracionales que enfrentan en su trabajo. Cuando trabajaba en los campos de frutillas en Oregón, Susana Cruz Sánchez también trabajó en varias plantas procesadoras de alimentos y enlatadoras. Susana y otras mujeres se quejaron de la violación a las reglas de antigüedad de parte de ciertos supervisores, lo que les afectaba en su derecho de beneficiarse de las prestaciones del sindicato Teamsters para trabajadores considerados como permanentes y no temporales. También de la manera en que las presionaban continuamente para trabajar más rápido, y de algunos requisitos ridículos para el desempeño de ciertos trabajos, como el hablar inglés. Susana habló de una entrevista que tuvo que realizar para entrar a trabajar a cortar papas para freír que parecía poder darle la oportunidad de trabajo estable todo el año, además de prestaciones y seguro médico:

Yo fui a buscar trabajo y me dijeron que no porque si no hablaba inglés no me daban. Y no entiendo por qué. Si uno trabaja en la banda sacando la papa que está quemada, la papa que no sirve, para que están preguntando si sabemos inglés si no vamos a hablar inglés con las papas. Aunque sean señas que nos digan pues esto y lo otro vas a sacar y uno con las señas ya sabe lo que uno va a sacarle al producto y ya. No quieren darnos trabajo porque no sabemos inglés.

En esta situación ella dijo estar segura de que utilizaron el requisito de hablar inglés para excluir a los mexicanos de los trabajos más estables. Ella lo vivió como discriminación y un esfuerzo por parte de los patrones de la planta procesadora de papas de mantener fuera a los trabajadores indocumentados al no contratar a nadie que no hablara inglés. Por medio de esta experiencia, ella reflexionó sobre la posición estructural de las trabajadoras de baja remuneración como ella, y sacó ciertas conclusiones sobre las jerarquías del lenguaje y la raza en el mercado de trabajo.

La maternidad transfronteriza

Trabajar a tiempo completo y encabezar una familia es un reto para las mujeres migrantes en Estados Unidos. El reto es aún mayor cuando los niños permanecen en México y los padres están en Estados Unidos. En las conversaciones que he tenido con docenas de familias sobre sus historias de migración la mayoría menciona, por lo menos, un período de tiempo durante el cual los hijos nacidos en México vivieron separados de sus padres, ya sea porque uno o ambos estaban en Estados Unidos. Para los hombres y las mujeres, el estar separados de sus hijos es emocionalmente difícil ya que, al crecer los niños, pierde fuerza el vínculo que los relaciona con los padres ausentes durante mucho tiempo.

Ha habido muchos intentos de comprender las implicaciones de las familias transnacionales y la maternidad transnacional desde el punto de vista de género. Desde una perspectiva estructural, autoras como Rachel Salazar Parreñas (2001) y Grace Chang (2001) analizan los hogares transnacionales como instituciones que aseguran, en las sociedades de destino, el acceso a mano de obra barata, sin pagar los costos de la reproducción social de los trabajadores y sus hijos.

Cuando mujeres como Fidelia trabajan en Estados Unidos y dejan a sus hijos en México al cuidado de otros familiares, los costos de la reproducción social son asumidos por los familiares mexicanos que crían a los niños. Al mismo tiempo, los sueldos de los trabajadores pueden mantenerse al mínimo. Si los trabajadores son indocumentados, además de haber dejado a sus hijos en México, es menos probable que presionen a los patrones para obtener mejores salarios.

Si bien Pierrette Hondagneu-Sotelo (1994) sugiere que, para 1990, el plazo de separación de las familias divididas entre Estados Unidos y México se había acortado a dos años o menos, esto ha cambiado desde mediados de los noventa. Con la aplicación de barreras cada vez más rígidas en las fronteras, el nivel de vigilancia y los costos astronómicamente altos para los indocumentados de viajar entre los dos países, es menor el número de trabajadores que regresan a México. Adicionalmente, aquellos que están ya en Estados Unidos están menos dispuestos a traer a sus hijos. Los sentimientos antimigración que se intensificaron desde el 11 de septiembre de 2001 también han sido fuente de desaliento. A pesar de todo esto, la gente sigue viajando en ambas direcciones, y el número de mujeres y niños que cruzan la frontera está aumentando (Shorey, 2005). El costo mayor lo pagan aquellos indocumentados que intentan seguir visitando México o traer a sus hijos a Estados Unidos. En 2003 la patrulla fronteriza capturó a 43.000 niños que intentaban entrar en Estados Unidos. Más de 6.000 de ellos iban sin la compañía de un adulto y fueron retornados a albergues para niños que operan a lo largo de la frontera por el gobierno mexicano (Marizco, 2004a). Cada vez más niños solos se convierten en víctimas de secuestro no solo por los coyotes que compiten entre sí, sino por la policía mexicana que luego pide un rescate por ellos (Marizco, 2004a, 2004b).

Salazar (2001) ofrece una fuerte crítica a quienes conciben los hogares transnacionales como un indicador de eficiencia por parte de los agentes transnacionales que producen tal dinámica. Ella, por el contrario, opina que los hogares transnacionales son los que absorben el costo de las inequidades de la globalización y profundizan las desigualdades.

Los hogares transnacionales no deben ser alabados como símbolos a pequeña escala del poder de los migrantes contra las grandes fuerzas de la globalización porque su formación marca la implementación del control de las fronteras sobre los trabajadores migrantes [...] Estos hogares son, entonces, resultado del control fronterizo que impide que las familias se reúnan. El control fronterizo agrava adicionalmente las tensiones de la vida familiar transfronteriza incrementando la dificultad que enfrentan los trabajadores indocumentados para regresar a sus países de origen (Salazar, 2001, p. 108).

Sus comentarios emergen de las extensas investigaciones que dicha autora realiza sobre las trabajadoras domésticas filipinas en Roma y Los Ángeles, quienes sufren separaciones de al menos dos años. En algunos casos, las empleadas domésticas filipinas han estado separadas de sus hijos hasta dieciséis años, de lo cual resulta lo que denomina hogares transnacionales de segunda generación, con los hijos adultos de padres transnacionales formando sus propios hogares, a veces en un tercer país.

La idea de dejar a los hijos en el país de origen es problemática para muchas mujeres, desde el momento en que estas se plantean la posibilidad de migrar a Estados Unidos. Como indican Pierrette Hondagneu-Sotelo y Ernestine Alava (1999, p. 335) en su estudio de la maternidad transnacional de las inmigrantes latinas en Los Ángeles,

Ser una madre transnacional significa más que ser la madre de niños que están siendo criados en otro país. Significa abandonar la profunda creencia de que las madres biológicas deben criar a sus propios hijos y sustituirla por nuevas definiciones de maternidad. Si bien existe una amplia variedad de estilos de maternidad en los Estados Unidos y en México, la mayoría de los diálogos asumen que las madres residen con los hijos —una madre, un lugar.

Catalina García contempló por primera vez la posibilidad de trabajar en Estados Unidos en 1989. En esa época, era madre soltera pero todavía tenía a tres hijos viviendo con ella en casa. El hermano mayor de Catalina, Antonio, había regresado a Teotitlán de visita y tenía un auto. Él había estado viviendo en Santa Ana, California, durante más de diez años. Durante una visita en 1989, ofreció llevar a Catalina a la frontera, ayudarle a cruzar y financiarle todo el viaje. Al principio dudaba de si debía ir porque todavía tenía responsabilidades hacia sus hijos. No se podía imaginar dejarlos. Más adelante, Antonio la presiona para que vaya a hablar con su suegra y le pregunte si está dispuesta a cuidarles los niños en su ausencia. Finalmente, Catalina se va, inicialmente por un período breve, y luego para quedarse durante mucho más tiempo.

En 1990, Catalina trabajaba como niñera de planta para una familia en California. Durante varios años dejó a una hija que tenía una discapacidad al cuidado de su suegra en Teotitlán del Valle. Dos de

sus hijos estaban en California, aunque no viviendo con ella. Ella vivía con la familia cuyos hijos cuidaba, y visitaba a sus propios hijos los fines de semana en la casa de su hermana, con cuya familia vivían. La hija menor de Catalina permaneció muy vinculada a su abuela en Teotitlán y quería volver a visitarla. En el pasaje siguiente, Catalina describe su regreso a México con su hija menor a mediados de los años noventa y las tremendas dificultades que sufrieron para volver a entrar a Estados Unidos después de las políticas de control fronterizo que se aprobaron durante el gobierno del presidente Clinton. Otra consecuencia de la maternidad transnacional para Catalina fue que, una vez que trajo a sus hijos a Estados Unidos, ellos permanecieron vinculados a su abuela, quien los había criado durante varios años mientras Catalina trabajaba como niñera.

En su estudio, Hondagneu-Sotelo y Alava (1999, p. 329) notaron la preferencia de las madres por dejar a sus hijos con las abuelas. Mencionan la ruptura emocional y las negociaciones que experimentan las mujeres con «la otra madre» conforme se comunican con ella sobre el cuidado diario y la supervisión de los hijos. Un aspecto no explorado de esta relación son los sentimientos de los niños sobre el ser criados transnacionalmente. En este caso, la hija de Catalina, de nombre Chica, quería permanecer conectada con su «otra madre» incluso estando ya en Estados Unidos. Los controles fronterizos que describe Salazar (2001) se manifiestan duramente en el relato de Catalina, en términos del coste que implica permanecer vinculados a la familia en Oaxaca.

CATALINA: En 1995, 1995, vine con Chica porque ella quería venir a visitar aquí en Teotitlán, entonces vinimos aquí y estuvimos en Navidad, pero después de Navidad nos regresamos. No teníamos papeles. Nos fue muy difícil regresar a Estados Unidos porque ya había este, pared muy grande que ya pusieron... Pasamos por el cerro en California a pie. (...) Ya no podíamos pasar por la línea, porque ya está más difícil, ya pusieron todas las barras, todos grandes que están ahí y hay muchos perros, muchos esos, este, moto, bicicleta y muchos andan a pie la migra. Muchos tenían caballos y hasta ahorita tienen caballo ahí, pero entonces nos pasamos por el cerro y después cuando logramos pasar en las barras que están por allá este, por donde dice Otai Mesa... Entonces este, entonces allá, ya pusieron esos fierros para que ya no puedan pasar y nosotros fuimos a pasar por otro lado así y de ahí, pasa-

mos abajo del puente donde hay agua negra, adentro del drenaje y caminamos ahí como tres horas. Y huele bien feo. Entonces cuando salimos adentro de eso, logramos pasar hasta por delante de San Isidro, al lado de San Isidro, para entrar al otro lado donde está esta una tienda donde está la escuela, hasta ahí salíamos. Entonces cuando salíamos ahí, y nos fuimos a caminar como un medio día y de ahí nos agarró la migración a nosotros. Y nos pusieron en la cárcel y después ahí.

LYNN: ¿Con tu hija Chica también?

CATALINA: Con Chica y después ahí nos regresamos y ya le dije a ella, no más, por ella estaba yo preocupada, porque ella está chiquita, entonces cuando logramos pasar ahí, por donde está la playa, pero no entramos en el agua, en la orilla de la playa estamos caminando y nos vinieron a recogerlos los coyotes allá, donde está la playa. Entonces fuimos a caminar con ellos otra noche y ya como a las cinco de la mañana estamos en San Isidro y ahí nos agarró la migra otra vez y entonces este... tres veces nos agarraron. Entonces le dije, Chica, si no vamos a lograr hoy, mejor vamos a regresar a Teotitlán, porque ya no podía caminar, ya estoy cansada. Habíamos pagado 1500 dólares por las dos. La cuarta vez logramos. Fuimos otra vez y nos pasamos con un coyote que estaba en Tijuana. Él nos pasó allá, por donde está la escuela en la línea, por ahí nos pasamos y ya no caminamos mucho. Ahí vino mi cuñado recoger a nosotros y ya, ya pasamos.

El dejar a los hijos en México también tiene un costo emocional tremendo para las mujeres que han migrado a Estados Unidos. Muchas de ellas, como Catalina, viven períodos en que tienen hijos a ambos lados de la frontera. Si las mujeres vienen a unirse con sus maridos en Estados Unidos, puede ser que inicialmente dejen a los niños en México y tengan nuevos hijos en Estados Unidos que sean ciudadanos. En este caso, las mujeres se preocupan por sus hijos en dos contextos distintos. En Estados Unidos esperan que sus hijos puedan aprovechar las oportunidades disponibles, especialmente en lo que respecta a la educación. Adicionalmente, se sienten presionadas para mandar suficiente dinero para mantener a sus hijos en México así como darles el mejor nivel de vida posible a sus hijos en Estados Unidos.

Cuando Fidelia vino a Estados Unidos por primera vez, en 1984, dejó a sus dos hijos en Ixpantepec Nieves al cuidado de su suegra. Estaba embarazada cuando llegó, y dio a luz a un tercer hijo en los primeros meses de haber llegado a Canby, Oregón. Más tarde tuvo dos hijos más. De 1984 a 1988 no vio a sus hijos mayores. Su deseo

de regresar a México a verlos era tan grande que prefirió regresar a Oaxaca a verlos en vez de permanecer en Estados Unidos para obtener la residencia legal por medio del acuerdo de 1986 (IRCA). Su esposo la convenció de quedarse. Si bien pudo mandar suficiente dinero a México para construirles una nueva casa a su suegra y a los niños que se quedaron, Fidelia no estuvo satisfecha o tranquila hasta que todos sus hijos estuvieron con ella en Estados Unidos. Su narrativa captura el dolor emocional que sintió durante la separación y la importancia de tener a todos sus hijos consigo.

Cuando llegué en 1984 con mi esposo mi sueño fue que iba trabajar, hacer el tipo de trabajo que tú haces ahora, como escribir. Quise hacer algo respetable... Pero cuando llegué fui a trabajar en la fresa. Estaba embarazada y tenía que seguir trabajando en las fresas hasta un mes antes de que naciera mi hija. ... Después nació mi hija y estaba en la casa por un rato. Después regresé a trabajar. Gané más o menos bien porque tuve un contrato. Podía mandar dinero para apoyar a mis hijos que estaban en México. Estaban viviendo con su abuela, mi mamá. Después como en 1986, después de haber estado aquí para dos años, empecé a escuchar sobre cómo se podía arreglar los papeles para legalizarse. En este tiempo yo tenía muchas ganas de ir a visitar mis hijos en México... Yo dije a mi esposo, pues yo voy a México sin embargo. No me importa arreglar mis papeles porque tengo que ir a ver a mis hijos. Pero mi esposo dijo: «No, no puedes ir tienes que aprovechar para arreglar tus papeles. ¿Por qué quieres ir a México?»

Yo duré dos años más sin ver a mis hijos. Podía pagar por una mejor casa por ellos en México con el dinero que ganaba... Hice esta casa para mi suegra y mis hijos. Ella los estaba cuidando en Ixpantepec Nieves. (...) Después de que me arreglé mis papeles podía traer a todos mis hijos para vivir aquí conmigo... Fui a Oaxaca para mis hijos. Dos nacieron aquí y tres nacieron allá. Fui a recoger a los tres en Oaxaca, para que ya los cinco vivían junto conmigo. Esto estuvo muy bien, tener a todos juntos.

Una vez que los hijos de Fidelia estuvieron con ella en Estados Unidos, pudo descansar un poco y empezar a enfocarse en mejorar su vida y la de su familia. Encontró trabajo fuera del campo, y poco a poco empezó a aprender inglés. La seguridad emocional de tener a su familia reunida en un solo lugar tenía una gran importancia para ella.

Conclusión

Desde el comienzo del programa Bracero, en los años cuarenta, las mujeres indígenas han mostrado ser enormemente resistentes y creativas para lidiar con los cambios que experimentaron. Inicialmente se quedaron solas con sus hijos durante la primera ola de migración de los hombres, y a menudo acabaron migrando para reunirse con ellos en Estados Unidos. Durante algunos períodos de su vida en áreas rurales de Oaxaca, mujeres como Fidelia y Dolores pudieron contar con las redes femeninas de familia para obtener ayuda en el cuidado de los niños, la obtención de alimentos y otras necesidades cotidianas. Una vez en Estados Unidos, las mujeres y los hombres se vieron obligados a adaptar sus expectativas e ideas sobre las relaciones de género en el trabajo y el hogar. La supervivencia económica en Estados Unidos para las personas que reciben el salario mínimo exige que trabajen los esposos y las esposas, a veces en uno y a veces en dos empleos (Ehrenreich, 2001). Dada la dificultad de traer a los niños a Estados Unidos, puede ser que estos permanezcan en México. Para los padres, la crianza transfronteriza de los hijos puede tener altos costes.

En el ámbito estructural, la separación de hombres y mujeres casados, de padres e hijos, y de los miembros de la familia entre sí, causada por los procesos de vida y trabajo transfronterizos que hemos descrito, representa múltiples inequidades: la posición económica de subordinación que México tiene con respecto a Estados Unidos; la débil postura de los trabajadores mexicanos que realizan trabajos en Estados Unidos a sueldo mínimo, en trabajos que no cubren el costo de la reproducción social en la fuerza de trabajo; y el deseo no cumplido de los inmigrantes mexicanos de vivir a un nivel equivalente al de los ciudadanos estadounidenses.

En estos contextos, las experiencias y las interpretaciones de las mujeres de estas inequidades están inscritas en sus historias personales y de género. Irónicamente, conforme obtienen más poder dentro de sus familias, una vez que emigran y entran a formar parte de la fuerza de trabajo estadounidense, y sus maridos comienzan a contribuir en el trabajo doméstico, ellas a menudo pierden el apoyo de otras mujeres de su familia con las que interactuaban a diario en México. El hecho de realizar dos trabajos a sueldo mínimo es difícil para cualquier perso-

na, y el resultado de trabajar entre 70 y 80 horas a la semana y adicionalmente criar hijos, aun con la ayuda de un esposo, normalmente genera cansancio y desgaste extremos. La pregunta de si las mujeres obtienen o no la equidad de género dentro de sus matrimonios y familias una vez que migran a Estados Unidos es difícil de discernir. A menudo su primera y mayor preocupación es la simple supervivencia. Si sienten solidaridad y apoyo por parte de sus esposos, hijos y familiares, esto se convierte en un recurso importante que les ayuda a superar los retos de cada día.

Referencias bibliográficas

- Chang, G. (2000), *Disposable Domestic: Immigrant Women Workers in the Global Economy* Author, South End Press, Nueva York.
- Ehrenreich, B. (2002), *Nickel and dimed: On (not) getting by in America*. Metropolitan Books, Nueva York.
- Hirsch, J. S. (2003), *A Courtship After Marriage: Sexuality and Love in Mexican Transnational Families*, University of California Press, Berkeley.
- Hondagneu-Sotelo, P. (1994), *Gendered Transitions: Mexican Experiences of Immigration*, University of California Press, Los Ángeles, California.
- Hondagneu-Sotelo, P. y E. Alava (1997), «I'm here, but I'm there. The meanings of Latina Transnational Motherhood», *Gender and Society*, vol. 11, n.º 5, pp. 548-571.
- Marizco, M. (2004a), «Smuggling Children, Part I: Young immigrants become human cargo», *Arizona Daily Star*, 21 de noviembre de 2004. <<http://www.azstarnet.org/dailystar/relatedarticles/49066.php>> (último acceso 7 de septiembre de 2005).
- (2004b), Smuggling Children, Part II: Three tries, \$2,300 later, mom, son reunited. *Arizona Daily Star*, November 22, 2004. <<http://www.azstarnet.com/sn/border/49178>> [último acceso 26 de septiembre de 2005].
- Salazar, Parreñas, R. (2001), *Servants of Globalization: Women, Migration, and Domestic Work*, Stanford University Press, Stanford, CA.
- Shorey, A. (2005), «Migrant Smugglers Getting Creative. Associated Press», 4 de abril, <http://wireservice.wired.com/wired/story.asp?section=Breaking&storyId=1013627&tw=wn_wire_story> [último acceso 5 de abril de 2005].
- Velasco Ortiz, L. (1995), «Migración femenina y estrategias de sobrevivencia

de la unidad doméstica: un caso de estudio de mujeres mixtecas en Tijuana», en S. González, O. Ruiz, L. Velasco y O. Woo (comp.), *Mujeres, migración y maquila en la frontera norte*, El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 37-64.